

Jean Mambrino: el poeta, en sus cartas

Emilio del Río *

poesía

Ahora, con dos libros nuevos suyos en castellano y la 2.ª edición de El libro de la luz, mientras él está delicado de salud, abrimos un manojo de cartas inéditas, 1952-1980. Y una actual.

Su lectura puede ayudarnos a entender qué fuerza le sitúa entre lo mínimo y lo inmenso, qué pulso le lleva a la Apertura innombrable.

Georges Simenon le escribió: «Me emociona infinitamente, querido Mambrino. Lo que usted ama compone la mejor poesía que existe».

Mi trato con Jean Mambrino viene de 1952 en que respondía a una pregunta sobre los grandes poetas católicos, pues yo preparaba una antología en esa dirección. Responde que las tres condiciones –grande, poeta, católico– no las cumplen en Francia más que dos: Claudel y Péguy, que con G. M. Hopkins en Inglaterra se pueden considerar como los tres genios, sin contar a Dante, San Juan de la Cruz, el *Polyeucte* de Corneille y la *Athalie* de Racine. Habla de la literatura que conoce, francesa, inglesa, italiana y española (25/10/52). En otra carta se abre a Ungaretti –parte de su obra–, Robert Lowell en América, Bergengruen en Alemania, etc. Escribe desde Enghien,

* Jesuita y poeta.

Bélgica; estudia teología. En la carta tercera hay un cambio total; habla de un hecho asombroso; llevado por ciertas luces del Espíritu y ayudado por sus superiores ha decidido renunciar a todas las actividades literarias, para dedicarse a los Ejercicios y la predicación. «Alégrate conmigo, si esta renuncia puede hacer de mí un jesuita más santo» (1/9/53).

Jean Mambrino se ordena sacerdote, 25/7/1954. Envía un recuerdo mínimo: 6×7 cm: rostro de Cristo gótico y al dorso sus datos esenciales. Yo le anuncié mi ordenación para 1960, y él responde desde Bourg Madame Pyr Or; acaba un campamento, sale para Lourdes y de allí a Londres. Recuerda nuestras largas conversaciones en Loyola, nos encontramos allí en 1955. Y habla ahora de su ordenación: «El sacerdocio es un momento terrible, que consume. Me acuerdo de mi ordenación como un verdadero Sinaí en la noche. Que la Virgen nos haga dar ese paso con corazón de niño». Se despide y firma. Pero añade esto aquí: «Es preciso que la poesía pase también por el fuego para renacer. San Jerónimo dice: "Carmen pertinet ad sanctos..." Te confiaré muy en especial a la Virgen para que te ponga con su Hijo» (31/7/60).

Hay un silencio largo, anda metido en gran actividad en el Colegio

de Metz, prepara alumnos para el teatro, entre otras muchas cosas. Pero publica y me envía su primer libro de poemas, *Le veiller aveugle* («El vigía ciego»), 1965. Cuando le llega mi artículo sobre él en *Razón y Fe* (nov. 1965, pp. 370-379), le alega el texto y «que haya podido aparecer en *Razón y Fe*». Ha entregado una separata al P. Giuliani, «con quien estoy muy liado», es Asistente, y «ha prometido hacerlo leer el P. General». Mi carta le parece bella y densa: «Dices cosas muy ricas y complejas, me gustaría volver a verte y tener una larga conversación». Vuelve al artículo: «En todo caso estoy profundamente tocado por la seriedad, la intensidad con la que me has leído. ¡Es la más alta recompensa de un poeta!». Añade que «hace un año que no he escrito nada, he entrado en un gran silencio (he recibido gracias extremas...). Estoy en una gran Paz. Adiós, querido Emilio. Unido, contigo, a la sombra de la Inocencia divina...» (Metz, 21/12/65).

Ya desde *Etudes* en París, su término, dedica unas palabras al libro que le he enviado, *La ciudad al sol* —*Poema de Toledo*—: «Un hermoso libro, dice, límpido y tranquilo, un espejo interior para mirar esta ciudad admirable», que querría volver a ver. Me envía uno suyo, *Poésie mystique française* (Seghers, Pa-

rís, 1973): es una selección de la literatura francesa, muy exigente en la calidad «literaria y mística» de los textos, también actuales. Y dos libros nuevos de poesía: *Le signe de Feu* –Círculo de Editores Franceses– (1974) y *Clairière* –DDB– (1974). Explica: «Este último es un gran poema muy importante, muy diferente de todo lo que he escrito y que anuncia *Sainte Lumière*, que espero para el año próximo. Sería muy feliz si pudieras hacer un artículo en *Razón y Fe* sobre *Clairière* (como sobre *Le veilleur...*)». Continúa: «*Clairière* es un poema muy despojado (un poco como la música de Monteverdi), pero muy secreto en su transparente simplicidad» (19/12/74). Le escribo mi parecer; le emociona que me haya gustado tanto y que escribiré sobre él; pide que no mencione sacerdote o jesuita: «No tengo nada que esconder, pero es preciso no confundir los planos; como poeta, basta». Así «habla Onimus, que es cristiano, en *Le Monde*» (1/2/75). Insiste más tarde: «que no se dice R. P. Hopkins, ni “monsieur l’abbé Calderón”» (6/9/76). (La alusión a Calderón religa a éste con los tres «genios».)

Mi estudio «*Clairière*: un gran poema secreto» (*Razón y Fe*, mayo 1955), le llega en el ejemplar de *Etudes*, y escribe con el gozo de un niño: «Gracias de todo corazón por

tu admirable glosa de *Clairière*... exploración preciosa de este poema. Al leerlo he tomado conciencia de la grandeza de lo que he hecho y de la complejidad de este texto, que ofrece ecos, prolongaciones, entrelazamientos en todos sus sentidos. «Todos los pasajes en cursiva son citas»: en el canto 33, «has visto bien lo de *100 phrases pour événements* de Claudel»; en el 7 hay una imagen de Breton; en el 69, una frase de T. S. Eliot en *Four Quartets*; en el 70, la «noche negra y blanca» es de Nerval: cuando se suicidó o fue asesinado, su tía recogió la carta sobre la mesa: «ne m’attend pas. Ce soir, la nuit sera noir et blanche»; en el 53, «a las cinco de la tarde» es la hora en que asistió a las Vísperas muy emocionantes del monasterio de Novodivitchi en Moscú (sept. 1966) («Blajen» en ruso es bienaventurado; se cantaban las Bienaventuranzas (3/6/75).

En 1976 *Sainte Lumière*. Espera que me guste como *Clairière*. Hay, dice, en preparación una traducción alemana y otra inglesa. «Mi sueño sería que tú tradujeras *Sainte Lumière* en español, a fin de que mi poesía exista en las tres lenguas mayores de Occidente» (27/6/76). Lo traduje y le envié copia. Para él, elegimos Adonais. Luis Jiménez Martos había publicado ya mi *Cántico para Alfa y Omega* (1971). (Mi libro, el de Mambrino –y mi

versión de *El Naufragio del Deutschland* de G. M. Hopkins, están en la web Rialp, Col. Adonais.) Al recibir la traducción a máquina de *El libro de la luz*, vuelve de provincias, lo halla en un montón de correo y se queda parte de la noche, confrontándolo con el texto francés. Y escribe: «Es una maravilla, has hecho un trabajo admirable. ¡Qué hombre asombroso eres!». Bergen ha publicado una reseña magnífica en *La Nouvelle Revue Française*, Onimus en *Etudes*, julio 1976; saldrá otra en *Le Monde*. Halla «un solo error»: soleil, cielo, por sol. Indica el doble juego francés en «suis», «cerfeuill» –lo pasé a nota– (6/9/76).

La colección «Artesa» de Burgos convoca un premio. Yo escribía algo, lo presento, gano el premio y lo editan: *Creatura del Alba*, 1977. He estudiado *El vigía ciego*, 1965, y *Clairière: un gran poema secreto*, 1975; y he traducido *El libro de la luz*. Al escribir *Creatura del Alba*, mi séptimo libro, estoy en su ambiente. Se lo envió y le digo que me ha «inspirado». Le encanta: «Gracias por *Criatura del alba*. Estoy emocionado de ver que por primera vez en mi vida he “inspirado” la obra de otro poeta..., es para mí un estímulo» (24/5/77). (Garcilaso debe las formas poéticas; pero siempre habla él.) Cuando le llega al fin *El libro de la luz*,

publicado, comenta: «Es una edición muy bella y estoy absolutamente encantado» (13/1/78). Ese año envía *L'Oiseau-Coeur* en que el editor, Stock, reúne los tres libros: *Claro de bosque*, *El libro de la luz* y *Pájaro-Corazón* –lo nuevo–. Esta edición recibió el Premio Apollinaire, 1980. [Jonathan Griffin traduce al inglés *Clairière*, 1974 (*Glade*), tarde *Ainsi russe le mystère*, 1983 (*Ruses of Mystery*), y *Le mot de passe*, 1987 (*Password*).]

Por entonces las cartas se distancian, no el afecto. En 1998 me pregunta aún por una poesía suya de sentidos paulinos y teilhardianos que querría ver de nuevo; no la conservo. Ese año, 1998, James Torrens –estudió conmigo en Lovaina–, amigo de Mambrino, quiere que colaboremos los dos en un número de *Studies in the Spirituality of Jesuits*, Saint Louis Univ, sobre poesía actual de jesuitas, cada uno con al menos «un» poema. Con ironía dice Mambrino sobre «un» poema: «¡Después de *L'Oiseau* he publicado 9 libros de poesía!». Al salir el número, mayo 1988, Torrens, en la introducción, copia «Un seul cyprés» indicando que en Mambrino «se abren unas nuevas corrientes de poesía».

Mucho más tarde, de pronto llegan dos libros nuevos suyos en castellano, traducidos por Carlos Aurtenetxe: *Comme un soufflé de ro-*

sée bruissant, DDB, 2006, *Como un viento de rocío*, 2009; y *Le mot de passe*, Corti, 1986; *La contraseña*, 2010. Edición bilingüe, muy bella, por Félix Maraña, San Sebastián (Bermingham Edit). Gracias a ellos tenemos en Valladolid la presentación de los libros en la «Fundación Santiago y Segundo Montes», con Katy Montes. El acto fue una fiesta agradable. Carlos habló sobre la personalidad y obra de Mambrino y ofreció textos sobre él de escritores, académicos, gentes del teatro, cine y literatura de París. Mambrino estuvo entregado a ese público ¿inferior o extraño? (el *viento de rocío* le dice «algo inaudito: despósallo para salvarlo») (*Comme...*, poema 48). Sus reseñas en *Études* y su trato amable le crean amigos, Rossellini a la Nouvelle Vague, hombres de teatro, de literatura. Se ha publicado su correspondencia con George Simenon y con René Char.

Carlos se puso al habla esa tarde de los libros, con Mambrino, por medio de Bernard Ponty, pintor y novelista, amigo en París. Le pedimos que le haga llegar nuestro afecto por su salud; habló al día siguiente con él y me escribió la emoción de Mambrino. Al final dice: «Lo que sí aprovecho es para transmitirte a ver cómo está el asunto de la posible reedición de *El libro de la luz*. Te lo digo porque él me ha pedido expresamente que

te lo preguntara». Recibí su indicación, me puse al habla con Vitruvio, que hizo mi antología, 2008, y llegamos a un acuerdo (Pablo Méndez deseaba incluirlo en su colección hacía tiempo). Le comuniqué la buena noticia a Mambrino por carta; le pido que su Superior me haga llegar unas palabras –él, por parkinson, no puede escribir–. Y Ricardo Jacquet me envía un correo en castellano con la siguiente carta de Mambrino:

«París, 15 de enero 2011. Querido Emilio, de mi parte, van también mis mejores deseos para ti en este año 2011. He recibido con mucha alegría la noticia de la reedición de *El libro de la luz*. No sabes lo feliz que me hace esa noticia. Agradezco de corazón las buenas disposiciones de tus superiores al acoger con agrado esta empresa tuya. Agradezco profundamente tus gestiones. Eres en verdad un GRAN AMIGO. Te aprecio mucho. Carlos me ha comentado lo que fue la presentación de *Cómo un viento de rocío* y *La contraseña*. Aquí, en la comunidad, en una reunión he presentado solemnemente a los compañeros de la comunidad, esta edición española. Fue una gran fiesta, al menos, en ese pequeño círculo jesuita. Ya me puse en contacto con Carlos Aurretetxe para que te haga llegar dos ejemplares del libro que me

habías pedido: "GRACIA", y con ello expresarte sinceramente, muchas "GRACIAS". Por otro lado, ya tú sabrás cuántos libros querrás enviarme de la nueva traducción (una decena por ejemplo, ya será más que suficiente). Yo confío en aquel que nos concede toda "GRACIA", pidiendo que haga de nuestros cuerpos débiles "su poema preferido", en este resto de nuestras vidas. En la Compañía de Jesús, Jean Mambrino».

Mambrino nació en Londres donde vivió hasta los siete años, es de origen florentino, francés y español. Su poesía única se abre en cada libro a espacios admirables. *La contraseña*, frases de dos versos, tiene la soltura del «único golpe de pincel». Dice Luc Berimont: «Esta obra grave escrita con las palabras

de cada día», nos lleva a la pregunta: «¿Cómo tanta belleza puede unirse a tanto dolor?». Las cosas «se vuelven los mediadores de una transfiguración». René Char le escribió: «Jean, usted y yo somos de la misma raza». Y Georges Simenon: «La reunión de sus poemas en un libro (*L'Oiseau-Coeur*) que es a la vez navío y orilla, el azul del ala del ave soberana sobre la ola aérea, me emociona infinitamente, mi querido Jean Mambrino. Lo que usted ama compone la mejor poesía que existe, puesto que usted aparece como en un milagro en todos los caminos terrestres y en la inmensidad de las cosas y los objetos misteriosos lo que dura el tiempo del encuentro entre una mirada y un corazón acordados». ■